

EL ARCO

Núm. 316 Cartagena 10 Diciembre 1920 Año XIII

Periódico Católico de propaganda

CON CENSURA ECLESIASTICA

Costeado por bienhechores

REDACCION Y ADMINISTRACION: P. TRES REYES, 2.

No se devuelven los originales

MENTIRAS PARLAMENTARIAS

LA SOBERANÍA POPULAR

Puesto que nos acercamos a las elecciones, analicemos hoy en qué consiste la soberanía popular, la más fecunda conquista de los tiempos modernos. La nación soberana elige por sí sus diputados y elegidas las Cortes, de ellas sale el poder legislativo y ejecutivo.

Nació la soberanía popular como protesta contra el absolutismo y el regalismo, y se quiso que en unas elecciones, el pueblo eligiera la forma de gobierno, las personas que hablan de gobernar y dictar leyes, los sistemas de conducir a las naciones. Llevada la soberanía popular a su última consecuencia, un pueblo puede elegir y de todo, con tal que lo usen así el voto de la mayoría, lo cual es un error monstruoso, porque ni el hombre ni la sociedad pueden contraponer sus derechos a los derechos de Dios.

En la práctica, la soberanía popular ha sido una ficción y un desastre. Por evitar sus principios se perdieron las colonias; por conquistar una ficción nos hemos arruinado en más de un siglo de luchas; basados en esos poderes se ha atascado, perseguido y despojado a la Iglesia; en nombre de una mayoría ficticia, porque la gran masa de la nación ha sido y es esencialmente católica, se han dado leyes atees, se ha combatido a todo lo santo y a todo lo más respetable, y tras un siglo de soberanía popular, el pueblo soberano se ha quedado arruinado y engañado con la mayor vileza.

Todo el 'inglado de la soberanía es copar todos los distritos; y con dinero, coacciones, vino, artimañas electorales, resortes del poder, pucherazos, etc., etc., en que tan rica es nuestra política mendaz, se ha escamoteado el voto a la nación, para comerse después tranquilamente el presupuesto. En esta orgía el pueblo soberano se ha quedado sin colonias, sin minas, sin ferrocarriles, sin carreteras, con sus campos convertidos en yerros, su indus-

tria anegada, su comercio intervenido, su porvenir hipotecado. Ha sido preciso un milagro de la Providencia, de esos de los que no se dan sino muy pocos en la Historia, para que hayamos escapado vivos y podamos soñar en el engrandecimiento de España, porque un amargo pesimismo desalentaba al hombre de más clara inteligencia y de más esforzado corazón.

La gran equivocación de nuestros tiempos es considerar al pueblo como un adulto en plena posesión de sus facultades, en pleno dominio de sus derechos y con capacidad para gobernarse por sí mismo. Equivocación lamentabilísima que hoy por hoy es imposible sacar de la cabeza de políticos y estadistas. El pueblo es un niño. Le dicen que vote, y vota, le dicen que pague, y refufofu su sangre; le mandan que se acople, y entra en las filas del sindicalismo; le ordenan que proteste, y sale a la calle quemando comercios, arrasando fábricas y destruyendo el trigo, el aceite y los comestibles, aunque al otro día tenga que quedarse sin comer. Basta una peca de propaganda para que se le imprima la dirección que se quiere, para que vaya detrás, no de los más sabios, ni de los más aptos, sino de los más audaces. La soberanía popular es una ficción, es un engaño, es la gran mentira. Porque el pueblo soberano es un rey de burles, a medio comer, cubierto de harapos y con un rostro irrisorio.

La realidad hoy, que no pierden de vista los audaces, es que hay que elegir entre dos tiranías: la tiranía del bien y la tiranía del mal. La revolución lo declara sin rodeos para que no se llame nadie a engaño. Vamos a la dictadura del proletariado. Las leyes, serán las que nosotros dictemos, el poder será nuestro, nuestra la riqueza, nuestra la producción y el trabajo. Es decir, nos preparan una dictadura; ellos serán los amos y nosotros los esclavos. La libertad será una máscara para conseguir la dictadura, la tiranía de unos pocos sobre la gran masa.

Lo cual quiere decir que frente a la dictadura del mal debemos poner nosotros la dictadura del bien. Debemos arrancar el quajo del mal donde quiera que esté: en las ideas, en las organizaciones, en las costumbres. Los intereses del mal deben ser tratados sin piedad; y necesariamente, frente a la dictadura del mal que nos amenaza, debemos volver a la organización antigua de la sociedad, en la que la causa del mal no tenía derechos en ningún terreno, ni en el científico, ni en el moral, ni en el social. Y la obra de la revolución, que ha sido equiparar jurídicos políticos y socialmente al mal y al bien, se vendrá toda a tierra, porque, si las sociedades del porvenir quieren salvarse del abismo, tendrán que desandar todo el camino.

Esta dictadura llamada intolerancia santa, legítimamente espantosa y como tal vilmente calumniada, ha sido el eje de nuestra nación y la propulsora de nuestra grandeza. Intolerancia santa que expulsó a los árabes del suelo Ibero, relegándolos al desierto de donde habían salido; intolerancia admirable que expulsó a los judíos con Isabel la Católica y a los moriscos con Felipe III, buscando ante todo la unidad espiritual de España; intolerancia providencial que cerró herméticamente las fronteras ante la aparición del protestantismo, librándonos de las guerras civiles que arruinaron a las demás naciones; e intolerancia, en fin, que por no haber sido comprendida, se perseguió, se calumnió y despreció, abriendo las fronteras a los principios revolucionarios, al principio tolerados y hoy amenazando con la dictadura que nos sumiría en la ignominia y en la barbarie. Puesto que la inscriben en sus programas los revolucionarios, ¿por qué no ponerla nosotros? Soberanía popular, sufragio universal, libertades modernas son música, y no celestial, pasada de moda. Tengamos el valor de hablar claro. Si los buenos aspiran a triunfar, es para que triunfen el bien, la verdad, la justicia.

FR. SEBASTIAN

A la Inmaculada

Fulcite me floribus, stipate me malis quia amore languo

(SALOMÓN)

I

Inocente Paloma nazarena que eres Madre de Dios, de gracia llena, y de los orbes Reina Soberana, cuya frente purísima y serena con estrellas del cielo se engalana; dame a probar del néctar regalado que mana de tu amor, cual linfa pura que es aromas y mieles y dulzura vence al panal dorado con esencia de rosas perfumado; de ese tu amor poético y sublime que ricos dones en el alma imprime, sólo un destello te suplico ahora para mi pobre corazón que gime para mi lira que temblando tiembla. Haz que sienta en mi pecho las delicias que el serafín al contemplarte siente; cúbreme de caricias; mírame dulcemente; líbrame de relámpagos la frente. Y hasta tu excelsa gloria deja que el alma mía alce su vuelo y escriba con los ángeles tu historia, y en fervoroso anhelo te cante con las vírgenes del cielo. Si elogiaron poetas y cantores con plectros de marfil y liras de oro el puro manantial de tus amores, yo en mis últimos ecos trovadores quiero morir diciéndote: ¡Te adoro!

II

Si el aura no es tan pura como el perfume que tu amor exhala; si el Arcángel bajando de la altura tu candor al mirar detiene el ala; si extática natura te admira reverente, y con tibio, fulgente, melancólico aspecto misterioso, la luna está a tus pies y el sol hermoso se aduerme con su luz sobre tu frente yo, pájaro ciego, a quien tu amor purísimo y fecundo sacó de las tinieblas del olvido y de la cárcel lóbrega del mundo para elevarle a tu encumbrado rido, ¿qué tengo para orar tu frente pura? Espías de dolor dentro del alma; hídra que sube obscura trepando por el tronco de la palma sin tocar a la altura; pero en mi corazón guardo tu imagen, que adoré desde niño con frenético amor, y hasta que bajen mis pobres restos a la tumba fría no ha de extinguirse mi filial cariño. Y es tal en mi exaltada fantasía de tu amor y tus gracias el tesoro, que rendido a tus pies me postraría para morir diciéndote: ¡Te adoro!

PROFO GOBERNADOR